

73 Ju 79

MAYORDOMIA

El universo se funda sobre un principio de mayordomía. Este principio, a su vez, tiene que ver con dos realidades: soberanía y autonomía.

Leyendo el Salmo 24:1 hallamos estas palabras: "Del Señor es la tierra y su plenitud el mundo y los que en él habitan." En el Salmo 8 se nos dice que Dios hizo al hombre "señorear sobre todo lo creado." Aunque lo hizo un poco menor que los ángeles, puso todas las cosas debajo de sus pies. La realidad "soberanía" corresponde a Dios. La realidad "autonomía" corresponde al hombre. La primera implica dominio, autoridad máxima, poder último. La segunda se refiere a movimiento propio, pero con sujeción a un orden superior. Cuando reconocemos esto ya no tenemos dificultad en entender lo que implica mayordomía.

El concepto de soberanía es patrimonio exclusivo de Dios. Suyo es el universo, y suyo es el hombre. Suyo es el poder y la gloria en grado máximo. El es el Señor de la vida, de la historia, del cosmos. El representa el orden y la ley en su condición primaria y última.

En virtud de ello, al hombre se le ha dotado de libre albedrío. Puede optar por aquella alternativa que estime mejor. Aún

cuando Dios se corrió un riesgo mayor al dotar al hombre así, éste no puede escapar a las consecuencias de sus actos. La autonomía del hombre es limitada, pero, ^{hasta} lo suficiente para satisfacer los anhelos íntimos de su ser. Deberá haber, por lo tanto, una correspondencia directa entre la soberanía de Dios y la autonomía del hombre. Esta relación será la más deseable y coherente si el hombre responde a la iniciativa de Dios. En el decir de la teología del suizo Brunner la iniciativa siempre es de Dios. El inicia los senderos del amor, de la verdad, de la justicia, de la libertad, de la paz, de la reconciliación.

Dios ha querido dotar al hombre de unas cuantas capacidades: capacidad de amar, de crear, de discernir, de iniciar caminos, etc. Todos estos dones que Dios ha puesto en el hombre son para usarse con dos propósitos principales. Uno es para la gloria de Dios y el otro es para el servicio del hombre. El hombre de por sí es un ministro de Dios. Pablo dice: "Ténganos los hombres por ministros de ^{Cristo} Dios, y administradores del misterio de piedad." ①

Como parte intrínseca del genio del Protestantismo todos los seres humanos, vistan

o no la clámide ministerial, son llamados a ser ministros de ^{Cristo} Dios. Un ministro es uno que sirve. ^{Es} Un administrador ^{que} hace las veces de un mayordomo. El representa algo que no le pertenece, y es su deber ^{PROMOVER} ~~adelantar~~ esos intereses que le han sido confiados. Ya lo dice el salmo de Israel: "Del Señor es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan."

Ahora bien, las cosas que le han sido dadas al hombre en fideicomiso, sirven a la vez para satisfacer los anhelos íntimos de su ser. Ninguna satisfacción mayor que la de invertir el tiempo, el dinero, los dones, ^(es) fuerzas y potencias anímicas en actividades que propenden al enriquecimiento de la vida.

Cuando Gabriela Mistral ^(es) la escritora chilena hablaba de la "alegría de servir" estaba pensando en los términos que acabamos de señalar. Cuando Teresa de Calcuta irrumpe en el vivir de los indios que viven en medio de condiciones infrahumanas, ella dice ^{unas} estas palabras que constituyen un programa de redención social:

"Para mí Cristo es amor para amar,
amor para ser amado,
camino para ser recorrido,
verdad para ser dada,
luz para ser encendida,
vida para ser vivida,

amor digno de ser ~~amado~~
y fuerza para entregarse ~~al~~
en servicio a los pobres."

Al ser preguntada por el periodista que cubrió las incidencias de su llegada a Madrid, ella dijo estas palabras: "Todos mis días es tán llenos de alegría." ^{La} ~~su~~ ^{de esta mujer} alegría es dar, e compartir, es llevar gozo a los demás, es dar aliento eficaz al que no lo tiene, es dar apoyo moral al que carece de éste. Así termina ella diciendo: "No hay razón para sentirse ~~tristes~~ o miserables. Dios nos ama, y amar a los pobres es fuente de alegría."

Tener por delante el bien de los demás mientras se tiene a Dios en lo entrañable de ser es algo que nos hace sentir felices. Hac uso inteligente de todo lo que Dios puso en nosotros es disfrutar de la vida auténtica. Compartir con otros los múltiples tesoros que Dios nos ha dado es contribuir al extendimiento de Su Reino.

Alguien ha hablado de las tres T. Se refiere, en efecto, a Tiempo, Talento y Tesoro. El tiempo se nos da de balde, y tenemos que usarlo con sentido de responsabilidad. Es escurrecido y fugaz, y no podemos dilapidarlo. El tiempo puede perpetuarse en el bien que hacemos. El hombre que invierte su tiempo en ~~el~~

laboratorio en su afán de dominar tal o cual enfermedad está sembrando para la eternidad. El tiempo nunca se pierde si se aprovecha debidamente. Quien sale a sembrar inquietudes renovadoras, a despejar incógnitas, a revelar verdades, a endulzar las horas de los que lloran, a compartir con el que carece de pan y de lumbre, y a llevar a otros por los caminos de la fe y del amor, está perpetuando su tiempo. El tiempo es de Dios y hay que redimirlo como diría Pablo. No hay derecho a desperdiciarlo. Usémoslo creadoramente. ¡Es tanto el bien que podemos hacer!

Los talentos o dones que nos han sido dados son para emplearlos para la gloria de Dios y el bien del hombre. Mal hizo el hombre de la vieja parábola que enterró su talento en un pañizuelo. Los judíos se preciaban ser buenos negociantes, y sin duda, que el caso de este hombre les cayó muy mal. En la economía del Reino los dones de que estamos investidos son para adelantar y ~~promocionar~~ promover los intereses de éste. La Iglesia cuya membresía pone sus variados talentos al servicio de ésta, está colaborando con Dios en la forja-ción de un mundo más coherente. El que sabe cantar y se une al coro; el que sabe enseñar

reparte el pan del saber a otros; el que puede identificarse con el enfermo, y ora por él junto a su lecho; el que preside con solitud y da su ayuda en efecto; el que traza bien la palabra de verdad, y hace las veces de un exhortador; cada uno de éstos y otros más que no hemos incluido, está contribuyendo a extender las fronteras del Reino de nuestro Señor.

De igual manera los que destinan parte sustancial de su hacienda para la obra del Señor están haciendo ^{mucho bien} una obra meritoria. Sería interesante descubrir dónde estamos respecto a este deber que es insoslayable. En un país catalogado como cristiano se hizo un estudio de cómo invertían los ciudadanos su dinero. La lista comprendía 16 renglones. De éstos las ofrendas dadas a las distintas iglesias ocupaban el lugar N° 14. Según dicho cuadro era más el dinero gastado en bebidas alcohólicas, en cigarrillos, en viajes de placer, en artículos de lujo. Esto sin mencionar los renglones de comida, ropa, medicinas, utilidades y otros que son esenciales.

Los apóstoles se caracterizaron por su franqueza al abordar este tema. Para ellos, así como una fuente no puede dar otra cosa que agua cristalina, el cristiano no puede

menos que "abundar en esta gracia" según la frase paulina. Algo pasa en el creyente que espera recibir recordatorios, y hasta amonestaciones para abrir su bolsillo o su cartera. Pablo señala el caso de los hermanos de Macedonia que "dieron aún sobre sus fuerzas." Al buscar el secreto de su "alegría en dar" encontró el apóstol que "ellos habían dado sus corazones primeramente al Señor." Quien da su corazón al Señor no tiene dificultades en dar de su tiempo, de sus talentos, de su hacienda para la obra del Reino. El Reino de Cristo siempre estará al tope de sus planes y actividades, de sus sueños y aspiraciones, y de todo lo que él se proponga hacer. Así su participación en el esfuerzo de la Iglesia no será esporádica u ocasional. Esta obedecerá a un sentido de gratitud y de reconocimiento. ¡Es tanto lo que el Señor ha hecho por él que su corazón no puede menos que abrirse como se abre el manantial cuyas aguas brotan y riegan todo lo que les rodea! El comparte siempre. Aún cuando el dolor le zarandee él sigue dando. El hace como "el sándalo que perfuma el hacha que le hiere." Si alguna queja tuviere no ser por culpa de Dios sino porque él dejó de cumplir con su deber. Ante el altar de Dios él

acudirá, fervoroso, a derramar su alma. El querrá que la fe siga ardiendo como una lámpara votiva que el viento no puede apagar. El hombre es una estampa de barro y de luz sobre la cual Dios puso su sello y su imagen. El artista Millet tiene un cuadro que siempre me ha motivado. El nos ofrece la visión de una pareja que ha estado de salida a puesta de sola cultivando la tierra. Varias veces han recorrido ellos la ancha pradera. Han quitado la hierba mala, han abierto los surcos que han colmado de semillas para que, al correr de los días haya flores y frutos. Ya el sol se apresta a trasponer la lejana cumbre, y las ondas les traen a ellos el eco de la campana que les convoca a la meditación. En ese instante el pintor presenta a la noble pareja, de pie, con sus cabezas descubiertas e inclinadas, mientras a su lado se hallan sus herramientas de trabajo. Ellos han hecho un alto en sus ^{trabajos} ~~trabajos~~, y han volcado su alma ante Dios en plegaria de gratitud. Ellos parecen conocer muy bien aquellas palabras del cantor hebreo que dicen así: "Suba mi oración delante de Ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde." El don de tus manos puede ser mucho o poco, pero siempre debes ponerlo en las manos de Dios. Es el don de tu quehacer,

tu sudor, de tus luchas de cada día, de tu rpo molido y lacerado, de tus sueños y esperanzas...

Ese alto que la pareja hace, a la caída la tarde, es un reclamo y un reconocimiento el reclamo de almas que quieren ser inundadas por el Espíritu de Dios, y es un reconocimiento por las muchas bondades recibidas de El. Dios le ha dado la tierra, la lluvia el sol y la simiente que habrá de germinar y que habrá de producir. El alma agradecida le canta a El, y ya no habrá momento en su vida en que no eleve su corazón a Dios. Aún le canta en medio del dolor que le flagela sus carnes heridas a menos... Su dolor lo convierte en manantiales de aguas vivas que corren y refrescan el alma lo que viene a su alcance.

El no puede vivir de espaldas a la realidad de un Dios cuya gloria centellea por toda la creación. El sabe bien que no tan sólo de Dios vive el hombre. El pan para el cuerpo es necesario, pero en esta dicotomía de cuerpo y espíritu no podemos descartar las urgencias del alma.

Preocupado nuestro Señor por los hombres de su tiempo, y por los hombres de ahora, dijo algunas palabras en forma de una pregunta. Pregunta.

taba El: "¿De qué vale al hombre si granjeare todo el mundo y perdiere su alma?" El alma humana siempre ha suspirado por lo eterno. Tu alma que se hizo para Dios no puede quedar a la zaga. Siempre ha habido en el hombre pensante un anhelo de eternidad. El desea ser algo más de lo que él es, al presente. Tiempo, fuerza, talentos y hacienda deberán estar al servicio de Dios. Nada hay más hermoso que una vida rendida al Señor. Esa deberá ser la razón de su vivir y de nuestro vivir.

Finalmente, deseamos resumir que el concepto de mayordomía comprende la totalidad del ser de una persona. Este deberá verse en el contexto de su relación con Dios quien rige soberano en cielo, tierra y mar. Hay un reclamo íntimo de Dios respecto a cada hombre que viene a este mundo. La vieja pregunta: "¿A quién enviaré y quién nos irá?" sigue teniendo tanta vigencia hoy como la primera vez que fuera enunciada. Y la respuesta deberá seguir siendo la misma: "Heme aquí, envíame a mí." Aquella vez un joven nos mostró el camino a seguir. Su estela nos convoca a la lucha, a la militancia y a la victoria. Nadie deberá cruzarse de brazos. Hay una orden de marcha, y tenemos que avanzar. Hay una consigna que llevar a un mundo convulso y agitado, y tenemos

que pasarla de mano en mano, de corazón a corazón. Recordad, hermanos, que muchas manos juntas mucho pueden hacer. Muchos corazones hermanados en una común vocación mucho pueden lograr para que este Reino que nos vino de lo alto siga extendiéndose cada vez más. Nunca deberás esperar que otros hagan por ti lo que a ti te corresponde hacer. Haz tú la obra que el Señor te encomendó. Abre tu corazón y sirve a manos llenas. Da de tu pan al hambriento. Haz llegar un poco de agua fresca a la boca sedienta. Sé tú ministro del Señor en todas las fronteras que las circunstancias de la vida te coloquen.

Un día regresarás con tus gabillas llenas, y el corazón henchido de una satisfacción entrañable, y la voz del Señor no tardará en alcanzarte.

"Venid, benditos de mi Padre,
heredad el reino preparado para
vosotros desde la fundación del
mundo.

Porque tuve hambre y me disteis
de comer...

Tuve sed, y me disteis de beber...

Fui forastero, y me recogisteis...

Estuve desnudo, y me cubristeis...

Enfermo, y me visitasteis...

En la cárcel, y vinisteis a mí...

Y ellos que fueron fieles mayordomos que sirvieron no por el galardón que habrían de recibir, le responderán diciendo:

"Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos,

O sediento, y te dimos de beber?

¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos,

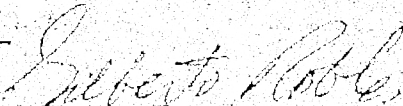
O desnudo, y te cubrimos?

¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?"

Y el Señor que sabe lo que hace, les dirá

"De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."

Que Dios nos bendiga a todos como ministros suyos, y administradores de sus misterios.


Iglesia Bautista

Río Piedras-16-10-76

Ⓟ Dios permita que así sea,
El te dé fuerzas para postularle
en todos los caminos.
Que no haya momento en tu vida
que otros no vean en ti.
El rostro sereno del Señor,
su gracia que a todos vivifica,
Su amor que a todos redime,
su verdad que a todos liberta,
Su luz que a todos ilumina.

(Y ahora permíñame hacer referencia
a un estribillo musical que aprendimos
durante una campaña que se llevó a cabo
en esta misma iglesia durante la visita
del evangelista Peters. El estribillo
dice así:

"La belleza de Cristo que more en
Su pasión y pureza yo quiero si^(mi)
¡Oh divino Jesús! ten, ten, todo
(mi ser
Y que puedan en mí tu belleza ver)